

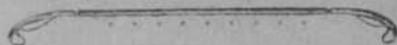
# José Zorrilla

---

SU OBRA PÓSTUMA  
con dos autógrafos

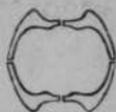


EL



## TENORIO BORDELÉS

IESUS SAAVEDRA MORALES



**MADRID**  
IMPRENTA DE J. FERNÁNDEZ ARIAS  
Carrera de San Francisco, 1.  
1909

COM. 000 000 000

TRINIDAD AND TOBAGO

DGCL  
A

EL TENORIO BORDELES

cop. 1040854  
T. 36111





Zorrilla cuando escribió Don Juan Tenorio.



# EL TENORIO BORDELÉS

RECUERDO LEGENDARIO

DE

D. JOSÉ ZORRILLA



MADRID  
IMP. DE J. FERNÁNDEZ ARIAS  
Carrera de San Francisco, 1.

R. 29918

---

Es propiedad del  
Editor.

---



## PRÓLOGO DEL EDITOR

---

Al dar al mundo de las letras la obra póstuma de D. José Zorrilla, séanos lícito exponer algunas consideraciones en explicación de nuestra conducta y en honor del vate insigne, cuya personalidad literaria llena la segunda mitad de nuestro siglo.

Ante todo, ya que esta Casa tiene la fortuna y la honra de esta publicación, queremos llenar el primero de nuestros deberes rindiendo el homenaje de nuestro respeto profundo, de nuestra admiración entusiasta al popular poeta, cuyos versos repite el pueblo español, porque el gran maestro de la rima, supo como nadie llegar al corazón, ya con la nota del sentimiento, ya con las románticas leyendas, siempre con la dulcísima cadencia halagadora del oído.

En los versos de Zorrilla, en sus *Cantos del Trovador*, en *Margarita la Tornera*, *A buen juez mejor testigo*, en su *Album de un loco* y en su popularísimo *Don Juan*, se ha educado la generación presente. Todos en nuestra niñez aprendimos de memoria sus versos, y por eso pronunciamos el nombre de Zorrilla con respeto y con cariño.

El ha sido el mantenedor de aquella escuela romántica, iniciada en nuestra Patria por Espronceda.

¡Espronceda y Zorrilla! No hemos de estudiarlos al compararlos. El primero tuvo que luchar hasta sobreponerse al viejo clasicismo: el segundo tuvo que sostener lucha más cruenta con las corrientes invasoras del positivismo en la sociedad y el llamado naturalismo en el arte. Y por encima de estas corrientes, enturbiadas acaso por el cieno, flotaron siempre las bellezas de sus inspiraciones para recreo del espíritu.

Si hubiéramos de establecer punto de comparación entre los dos poetas que sostuvieron la primera y la última lucha del romanticismo, nos valdríamos de la frase que un ilustre escritor italiano empleó para comparar á Velázquez y Murillo, y parodiándole diríamos:

«A Espronceda se le admira; á Zorrilla se le adora.»

Aquel comenzó la revolución en la lírica; éste la extendió á la poesía dramática con su *Tenorio*, *Sancho García* y *El Zapatero y el Rey*, compartiendo con el duque de Rivas, Hartzenbusch y García Gutiérrez la gloria de nuestro teatro romántico.

Todos estos bajaron al sepulcro, y quedó Zorrilla personalizando aquella gloria, y fiel guardador y mantenedor de ella hasta sus últimos alientos.

Y así hemos asistido al espectáculo grandioso que se ofreció en la poética Granada con la solemne coronación de Zorrilla, cuando esta sociedad que se lanza por otros derroteros, fué á aclamar al poeta legendario y á celebrar en vida la apoteosis de su gloria.

Tan grande ha sido, y será en los venideros siglos, la significación literaria de Zorrilla. En él estudiarán las generaciones futuras la poética del siglo XIX.

Y si al terminar el siglo se ve surgir y (acaso morir también) esa otra escuela *naturalista* que pretende sacrificar á la impudicia la belleza, los críticos del porvenir encontrarán en la obra póstuma de Zorrilla, que hoy publica-

mos, toda la repugnancia que al vate ilustre inspiraban tales procedimientos.

Y aquí llegamos á hablar de nuestra obra. La llamamos nuestra, por haber honrado esta Casa el insigne autor con su preciado original.

Como queda demostrado por los dos autógrafos que se publican (de las cinco que poseemos del inmortal vate).

Zorrilla, desde que nació al mundo de las letras, al borde del sepulcro de Larra, hasta el último momento de su vida, ha sido el poeta por excelencia. *Bardo errante* se llamó él mismo, y esto fué: un trovador que de pueblo en pueblo, de continente en continente, en la tierra y en los mares, ya en el hogar humilde, ya en el teatro, ya en los alcázares regios, llevaba sus trovas, no de otra suerte que como los antiguos trovadores que vagaban de castillo, en castillo, solicitados lo mismo por el pechero que por el señor feudal.

España, no sólo España, el mundo entero, conocía á Zorrilla el poeta. Nadie tal vez sabía hasta hoy, que al término de su vida comenzó á cultivar otro género literario: la novela.

He aquí nuestro orgullo, y á fe que en este caso la inmodestia bien merece perdón. Nosotros podemos decir:

—¿Conocías á Zorrilla sólo como poeta?  
Pues ahí tenéis á Zorrilla como novelista.

También Espronceda, por eso no lo citamos antes sin objeto, quiso ensayar este género literario con su *Sancho Saldaña*. Pero si aquel gran poeta resultó un mediano prosista, nadie puede de Zorrilla decir lo mismo.

No pretendemos ser los primeros en dar á conocer su prosa. Sus *Recuerdos del tiempo viejo* son un modelo de buen decir, de prosa elegante, correcta y castiza, lo que en verdad, no debe sorprendernos, pues nadie como él ha manejado el habla castellana.

Pero sus condiciones como prosista, ya demostradas en aquella obra, han de avalorar forzosamente sus méritos en la novela, género que muy tarde, por desgracia para la literatura patria, comenzó á cultivar.

Su único ensayo en este genero es el que nosotros poseemos y el que hoy damos á la luz pública.

Merece ser estudiado, no sólo por ser suyo, no sólo por relevarse su genio en una nueva evolución, sino por el argumento de la obra, argumento que parece responder á una idea que fué la obsesión de su vida.

Desde que *Don Juan Tenorio* conquistó una popularidad jamás adquirida por obra alguna,

la idea de su *Don Juan* llenó por entero la existencia de Zorrilla.

Unas veces parecía enamorado de su obra y se complacía en describir la representación de ella, que él presenció en un patio de un pueblo de Méjico. Más tarde, como si no tuviera bastante con el drama, lo convirtió en zarzuela.

Y en cambio, otras veces era el único que se mostraba inexorable contra su *Don Juan*.

Decía no comprender cómo aquel mozo, pendenciero, jugador, vicioso, mal hijo, burador de los afectos más puros, hubiera llegado á ser el encanto de las gentes.

Pues esto que Zorrilla se empeñaba en no comprender, se explica, no sólo por la grandeza del conjunto en el carácter de Don Juan, sino porque aparece redimido y purificado por el más grande y más poético de los sentimientos, por el sentimiento del amor.

Quitad á *Don Juan* los encantos de la poesía. No importa, aún quedará aquella grandeza de alma y aquel corazón que se rinde á los encantos, á la inocencia y al amor purísimo de un ángel. Y aún estará de su parte la razón al verse herido en este sentimiento que le llevaba á la regeneración moral.

Si le quitáis esto también, si le dáis un co-

razón frío y un espíritu calculador y egoísta, entonces el *Don Juan* será un mónstruo de maldades.

Esto quiso hacer y esto ha hecho Zorrilla.

Su genio creador nos dejó en su *Tenorio* el tipo del joven aventurero, galanteador, despreocupado y valeroso que nada teme. Tal vez el secreto de su popularidad está en esto: así como del *Quijote* se dice que es un tipo eterno porque todos tenemos algo de Quijotes, del *Tenorio* puede decirse que en la juventud todos quisiéramos ser Tenorios.

Pues bien: después de habernos dejado en su drama ese tipo que no morirá nunca porque encarna, por lo menos, una aspiración, parece que el creador de él quiere presentarnos todo lo erróneo de esa aspiración ofreciéndonos el mismo tipo en toda su desnudez, quitándole ese ropaje de grandeza, para dejarnos sólo el ejemplo de la perversión moral.

Y si grande es una concepción, grande es otra.

La primera nos la dejó en el drama; para la segunda eligió la novela, género más adecuado al objeto, por prestarse mejor al estudio psicológico.

Que el *Tenorio bordelés*, presentado en toda su depravación, lo está de modo que en vez

de dañar al joven más incauto ó á la mujer más pudorosa, le presta beneficios y pueden leerlo sin rubor, no hay para qué afirmarlo, tratándose de Zorrilla, pues como él mismo dice, otras plumas, que no la suya, tocarán los registros de la impudicia.

Por qué Zorrilla nos presenta español su primer *Tenorio*, y francés el segundo, es decir, el abyecto, cosa es que ignoramos. Si había de palpar en el fondo de su novela algún episodio ó personaje histórico, no lo afirmaremos aunque pueda deducirse de la referencia que hace en el texto á los papeles policiacos de su padre.

Queremos juzgar sólo por lo que tenemos á la vista, por la *primera parte* de su obra, y de ella se desprende en nuestro juicio, lo que llevamos expuesto. La crítica sabrá investigar mejor los propósitos del novelista y el alcance de su obra.

A nosotros nos cumple sólo, en justo respeto y homenaje al escritor ilustre, presentar lo que él dejó escrito, aunque nos hayamos permitido las precedentes apreciaciones sobre el alcance, la importancia y el objeto de su obra póstuma.

Si es deber nuestro consignar que el autor se proponía dividir su obra en tres partes. De

ellas dejó escrita la primera, que es la que publicamos, y aunque los lances y aventuras habrían de continuar en lo sucesivo, en esta *presenta y desenlaza un episodio completo*. Y en este episodio está el protagonista presentado con tanto relieve, está hecho su estudio moral tan perfecto, que la figura del *Tenorio bordelés* aparece de cuerpo entero, si se nos permite la frase. Por esta primera parte, pues, que es una novela en pequeño, cabe deducir los propósitos del autor, como cabe juzgar al novelista.

Claro es que no somos nosotros los llamados á emitir juicio, y sólo apuntaremos como detalle saliente, que á la sencillez del relato, se une, como rasgo característico de Zorrilla, la brillantez de su genio descriptivo.

Así, por ejemplo, la descripción de la joven mejicana, está hecha con tal colorido, con tal arte, con tanto amor, que no cabe en lo ideal mujer más hermosa.

Sabido es el cariño que Zorrilla profesó á Méjico, el hermoso país donde transcurrieron los mejores y más prósperos años de su vida, y tal vez el recuerdo de alguna linda mejicana le inspiró el delicioso retrato que nos presenta en su obra.

No seguiremos analizando ésta. Sólo quere-

mos repetir que por la importancia que tiene la personalidad literaria de Zorrilla, por ser el único ensayo de este inmortal autor en la novela, y por sus referencias al *Tenorio*, creemos que la publicación de esta obra, al mismo tiempo que un homenaje al poeta, es un servicio á las letras españolas.

De lamentar es que Zorrilla no terminara su *única novela*, aunque como novela completa puede considerarse esta primera parte. La muerte le sorprendió con la labor comenzada. Esta labor fué por él cedida al ya anciano editor D. Diego Murcia; así estos dos ancianos se unieron con entusiasmo en las postrimerías de su vida para llevar á cabo una obra que ninguno de los dos había de ver realizada.

Murió Zorrilla. Madrid primero, y luego Valladolid, le tributaron los honores que el genio merece.

Algún tiempo después murió D. Diego Murcia.

En el cajón de su mesa quedó, no olvidado sino guardado cuidadosamente aquel original, que era para el anciano editor una joya inestimable.

A estas circunstancias se ha debido el retraso en su publicación. Al realizarlo hoy esta Casa cree cumplir un sagrado deber.

Entrega esta joya á la literatura patria.

Y la entrega tal como la dejó su autor, pues hubiera creído profanar su memoria alterando el texto en lo más mínimo ni añadiendo una sola letra.

Ahí está, por lo tanto, *El tenorio bordelés* de Zorrilla. Y ahí están los retratos del autor en las épocas en que escribió uno y otro Tenorio.

En el primero toda juventud, exhuberancia de vida.

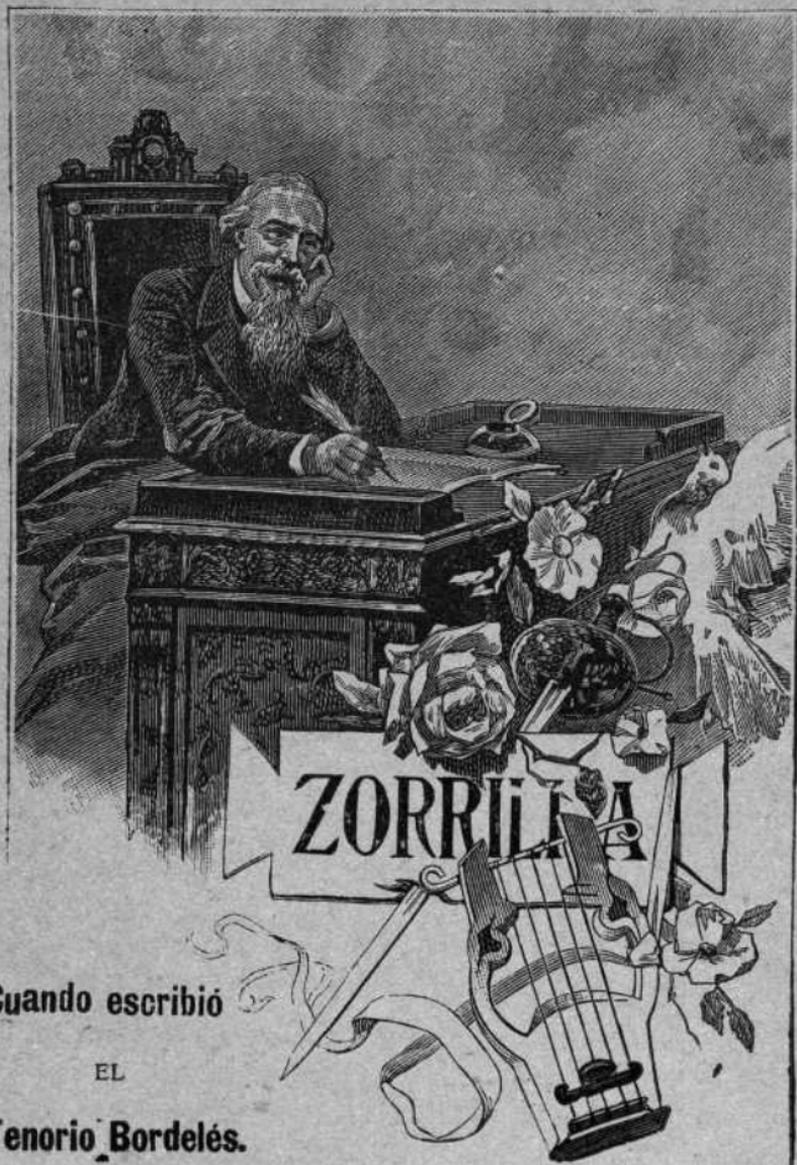
En el segundo, menos idealidades, sí; pero más conocimiento del fin moral que ha de cumplir el hombre sobre la tierra.

Y conste, por último, que si nos hemos extendido en estas consideraciones, no ha sido en modo alguno con la pretensión de añadir un sólo quilate á la corona de Zorrilla, pues de él decimos lo que él decía á Isabel la Católica en su poema *Granada*:

.....Yo bajo á tu mansión mortuoria,  
No á enaltecer, sino á adorar tu gloria.



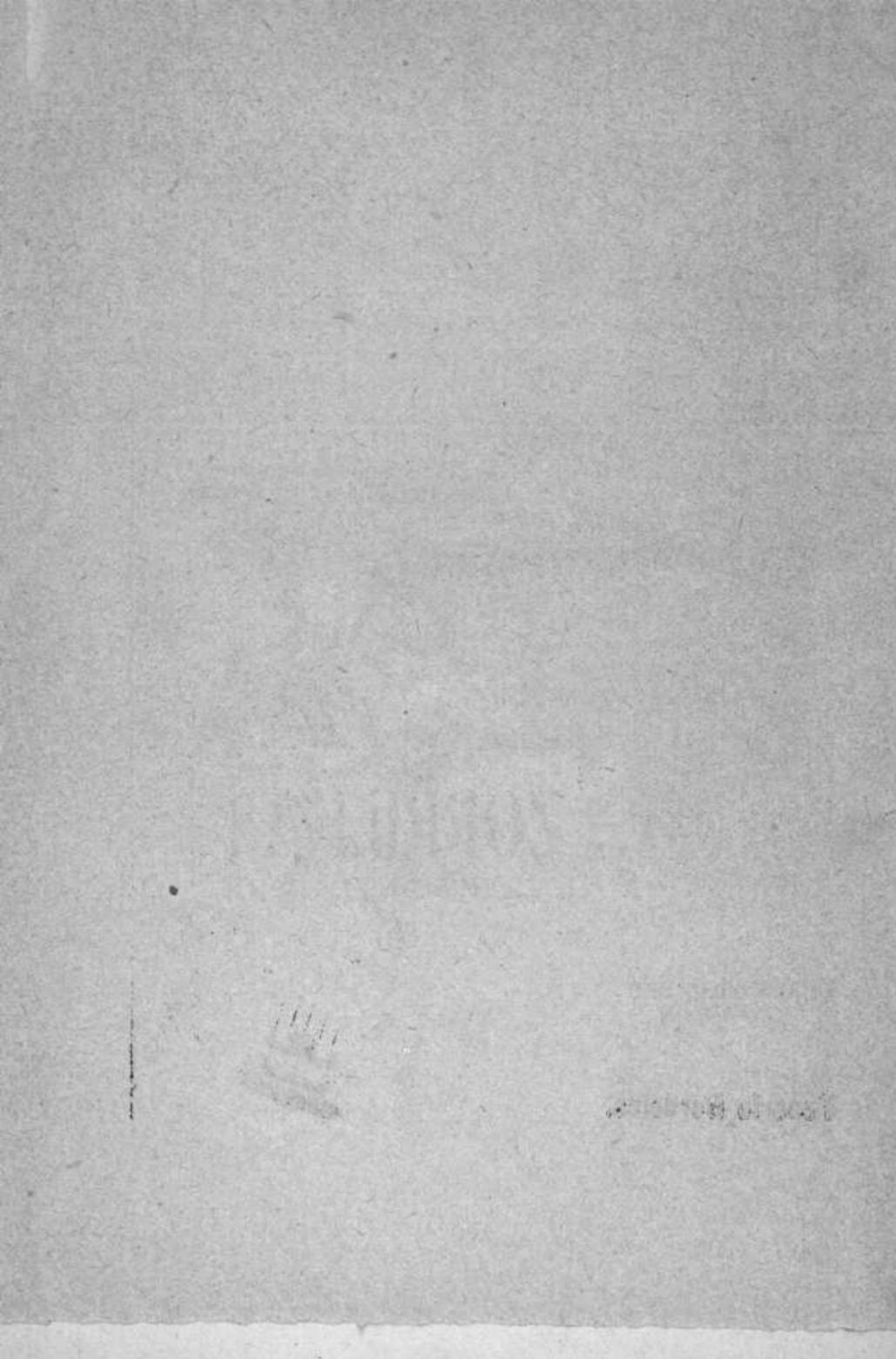




**Cuando escribió**

**EL**

**Tenorio Bordelés.**



Valladolid - Oct<sup>bre</sup> 8 - 84

Sr. D. Diego Muñoz.

Muy los mis. y de mi consideracion;  
gracias por su benévola aceptación  
de mis inexplicables explicaciones.

Hoy recibo carta de mi familia de Bar-  
celona, en la cual me dicen que me envían  
un cajón de libros y papeles entre los cua-  
les vienen 91. enartillas, que forman la  
1<sup>a</sup> p<sup>te</sup> de las tres de que consta la obra  
de Mr. Armande Lacroix, que  
es el famoso Bordenes. En cuanto lleguen,  
si triunfan de las fumigaciones y enasen-  
tenas, que van a sufrir probablemente  
los viajeros y mercaderías procedentes de  
Barcelona, me pondré al trabajo; y  
comenzaré por copiar las 91. enartillas q.  
de mi letra arrojau lo menos 120, y de  
las remitiré. Esto porque si no tengo de lo

de todo lo escrito, soy incapaz de seguir de  
memoria sin embrollar nombre i fecha;  
y además porque teniendo V. el original  
de quien se vaya escribiendo, en caso de ac-  
cidente, que es cuando previene en el tempo-  
ral porvenir que se prepara, siempre pro-  
via V. hasta donde yo hubiere podido  
llegar.

He tenido que montar aqui una  
casita, por razón del miedo que como  
cronista me pasa este Ayuntamiento: pero  
no me llega se comienza al estudio, al pen-  
sar que mi mujer me podrá tal vez sa-  
lir de Barcelona, y tendremos que pasar  
el turbio de la epidemia cada uno en  
una casa, como los pájaros presos en  
distintas jaulas y llevados a distintos cli-  
mas.

Como ve V. mi situación me es para  
dedicar en asiduidad el animo intran-  
quilo a trabajos de pura imaginación;

pero pondré en esta toda la fuerza de  
voluntad que me queda, y haré lo que  
sepa, para restablecer mi crédito con  
V. de quien soy como siempre  
Sr. y amigo

A V. Sr. M. M.

Don José Gorilla



D. D. Diego Murcia -

Muy Por mio y de mi consideracion: remitido á V. la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> de la novela. No he podido traer de Barcelona el manuscrito hasta el 10 de este mes y me ha sido necesario dictarlo para remitirlo en estado legible - Hace mes y medio que estoy aqui y no he podido reponerme de la enfermedad con que vine de Barcelona. No puedo decir nada de lo que como ni permaneceré sentado veinte minutos: y en esta situacion tengo que recibir y agradecer los obsequios y fiestas que mis paisanos me prodigan, impidiendome trabajar y cuidar mis libros y leer, si dar á leer y conversar con quien quite el adjunto manuscrito: y si por cualquier circunstancia, no pareciera bien

á la casa, enviare otro en su lugar -

Yo vivo hasta el 10 de Dicho. Cede  
D.<sup>a</sup> Maria de Molina 8-30 decha -

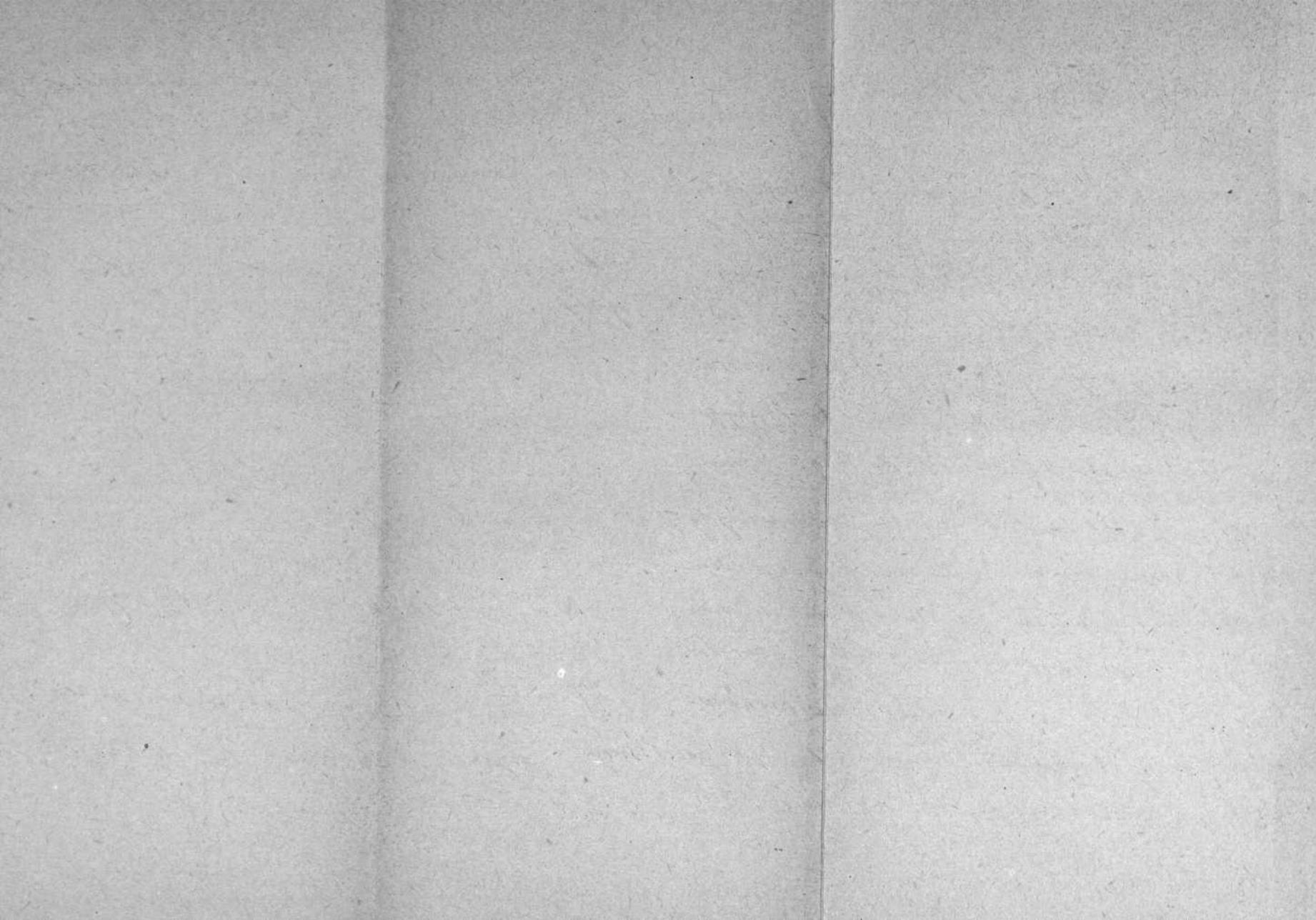
y el 11. avisare á V. de mis nuevos remitidos -

Dispense V. y mande á su agrado  
y Dios 9. 17. 84.

Jose Lorrilla

Nallaboli 26 - Dobre 1884.

El manuscrito sale por el correo de hoy: suplico á V. que me acuerde recibir -



# EL TENORIO BORDELÉS

PRIMERA PARTE





## I

En 1828 emigró á Francia y se estableció en Burdeos un coronel, poco afecto á Fernando VII por no sé qué olvido, abandono ó ingratitud de aquel Rey, olvidadizo é ingrato con sus más adictos servidores.

Llamábase el tal, ó mejor dicho, se hacía llamar, porque había dejado su apellido aquende los pirineos, D. José de Castejón: nombre y apellido que, sea dicho de paso, jamás llegó á pronunciar ninguno de los bordeleses, con quien tuvo relaciones mientras vivió en aquella tan suntuosa como triste capital de la Dordoña.

Es verdad también, y dicho sea sin agra-

vio suyo, porque ya tenía cuarenta y pico de años cuando emigró, que él tampoco llegó á pronunciar bien ninguno de los apellidos de sus amigos y conocidos bordeleses.

De la causa y razones de su expatriación á nadie dijo ni una palabra; pero debió de ser alguna intriga ó secreto de palacio, en donde nadie andaba por entonces muy seguro, entre las que tejían y destejían sin cesar en torno de aquel Rey sin carácter, los intereses y los personajes opuestos y mal avenidos que en palacio entraban; unos por el cuarto de la Infanta Luisa Carlota, que trataba de volver á casar al Rey con su hermana; otros por el del Infante D. Carlos María Isidro y la Princesa de la Beyra, que querían otra cosa que aún no han conseguido sus herederos.

Por unos ó por otros, debió que tener que desempeñar alguna secreta comisión el coronel de quien voy hablando; y abandonado por unos ó por otros, y hecho por ellos blanco del enojo del Rey, estuvo á pique de perder la vida á manos de gentes de quienes se salvó por milagro, y de quienes sospechó con razón, como en otro tiempo Villamedia-

na, que contra él habían venido *con impulso soberano*.

Como quiera que fuese, guardando su secreto traspuso la frontera, y no quiso después tomar parte en la guerra civil del 34, ni volver á España, aunque nada tenía ya que temer.

Pero tenía un hijo, cuya educación y porvenir ocupaban su vida entera; y llegando ya este hijo á la edad de veinte años, le había enviado á París á concluir su carrera, y en París había pasado ya dos inviernos y vuelto á Burdeos en las vacaciones.

Tenía el buen Castejón apalabrado á su hijo, matrimonio con una señorita mejicana, cuya familia, establecida como él de pocos años atrás en Burdeos, tenía en París un pariente, en cuya casa y á cuyo cargo estaba en París el estudiante.

Queríanse los muchachos, y querían y esperaban sus padres verlos unidos, para hacer una de los restos de ambas familias, enlazadas ya por lejano parentesco y antigua amistad de sus antepasados, puesto que la mejicana era una raza de español origen.

El coronel Castejón era rico en España, pero había tenido sus bienes secuestrados en Burgos por mi padre, que era por el 29 Superintendente General de policía del reino, aunque era amigo de Castejón y le había ayudado á emigrar y aun dádole el pasaporte para pasar la frontera; pero que no pudo dejar de cumplir la orden de secuestro que de más alto poder le había venido impuesta, por más convencido que estuviera de la injusticia que por el regio olvido, abandono ó ingratitud con Castejón se cometía.

Poco importó á Castejón el secuestro, y vendió cuando se le levantaron aquellos bienes, porque tenía un hermano mayor, solterón, establecido en Méjico, y allá enriquecido en comerciales negocios, el cual, al morir, le había dejado en su testamento una no despreciable cantidad de pesos; que le había ayudado á cobrar y á imponer en Europa el jefe de la familia Mejicana, que iba á unir á su hija única con el único heredero del coronel.

Vivía, pues, éste, holgadamente en su emigración, sin que sus secuestradas rentas de Burgos le hicieran falta; pero vivía retraído

y sin más sociedad que la de los mejicanos, con quienes iba pronto á formar una sola familia; porque la ingratitude del Rey, el abandono de su partido y la ausencia de la patria, habían comenzado á inocular en su espíritu una amarga melancolía, que hubiera probablemente parado, á haber vivido más tiempo el buen Castejón, en una irresistible nostalgia.

Pasaba esto en 1836; su hijo Diego estaba en París perfeccionando su educación y concluyendo sus estudios en la Sorbona, y estaba resuelto su enlace con Anita al llegar aquel á su mayor edad.

Castejón se había casado joven, y apenas pasaba de los cincuenta; era un hombre moreno, muy barbado, de mediana estatura, enjuto y nervioso, de una gran dignidad personal, puesto que como militar andaba siempre muy derecho y cuidadosamente vestido; por menores que tengo de las notas que de aquel tiempo dejó mi padre; que me las dejó curiosísimas, escritas ó contadas, de palaciegas intrigas, de políticas infamias y de religiosas iniquias y aberraciones, en que intervinieron ilustres damas y altos dignatarios, entre cuyos herederos y sucesores andamos.

Tal vez un día, si Dios me dá vida y á los hombres les pesa de que me la dé, tiraré del hilo de la oculta y enmarañada madeja de los recuerdos de la policía de mi padre, y habrá para reir y para llorar, y para ver más claro en el origen de la revolución social efectuada desde el 33 en esta cara y querida patria, donde tan caro cuesta á muchos el haber nacido; donde á todo se osa porque todo se olvida, y de nada sirven los excesos de ayer para corregir las extralimitaciones de hoy.

Pero bien está por hoy San Pedro en Roma, y volvamos á los Castejones, de quienes estaba determinado que debía ser hija y esposa la bellísima mejicana Anita, de cuya desventura se había encargado Dios, que dispone de lo que los hombres proponen.

Anita era una criatura graciosísima; tipo genuino de la mujer mejicana, que es una de las más atractivas y seductoras del universo. Alcanzaba poca estatura, sin que por eso pudiera decirse que era pequeña; el color de su tez era el que en Méjico se llama gráficamente *apiñonado*: que es más claro que el que nosotros llamamos trigueño, y es blanco, tibio y mate, como la china sin barnizar y



el mármol de Génova pulido ya por el escultor Florentino.

La mejicana *apiñonada* tiene una carnación de indefinible tinta, uniforme, ni colorida ni descolorada, sin pecas, venas, lunares, ni espinillas: es una canaración pura, virgen, que parece que jamás ha sido teñida por la circulación de la sangre, á cuya piel la sacan tan sólo el rubor ó el amor: porque la indignación ó los celos retiran la sangre de la faz al corazón: y su incendio es el del volcan que hierve sin cráter bajo la tierra.

Anita era flexible esbelta, quebrada de cintura, alta de pechos, bien modelada de brazos, de andar de garza, de manos tan perfectas como pequeñas, y de pies tan excasos, que al tenerse en pie parecía un milagro de equilibrio. Su sonrisa perpétua alegraba á quien la miraba; sus ojos serenos y francamente abiertos, eran turquíes como un cielo con luna nueva; su mirada límpida y tranquila como el agua de las lagunas de Tezco-co, y sus manos parecían dos nardos acabados de abrirse al rocío de la aurora. Tal era Anita, á quien desdichadamente había visto, y de quien fatalmente se había enamorado

monsieur Armando de La-Bourdonais, el Tenorio de peor género, el calavera de peor fama, y el espadachín de más audacia, de más destreza y de más fortuna de aquella escuela de armas bordolesa, que á fines del pasado siglo y comienzos del presente compitió y no con desventaja con las de París, Viena y Florencia, y escribió con la punta de los floretes una larga y sangrienta crónica de abominables homicidios de viudez, orfandad, deshonra y desolación.

Armando Augusto de La-Bourdonais (como él escribía su apellido), era hombre de treinta y cinco años, alto, bien hecho, moreno, musculoso, de cabeza erguida, mirada provocadora, desdeñosa sonrisa, resuelto andar y costumbres y pretensiones aristocráticas. Entraba y salía por todas partes, sin ceder á nadie el paso, codeaba á todo el mundo con la más descarada impertinencia, llevaba el sombrero sobre la oreja, y miraba á todas las mujeres como un sultán que perdona la vida á las esclavas de su serrallo, sobre las cuales se abroga derecho de vida y muerte.

La-Bourdonais se jactaba de haber tenido tantos desafíos como años; se había propues-

to no dejar transcurrir sin uno ninguno de los de su vida; efectivamente, en cada uno de sus diez últimos había dejado un adversario sobre el terreno. La *vox populi* no tenía desventuradamente nada fantástico que añadir á su verdadera historia, para hacer de él un moderno Don Juan, burlador de las mujeres, y asombro y respeto, si no miedo de los hombres más atrevidos.



## II

No es fácil dar cuenta exacta de sus aventuras, ni exacta idea de su destreza en el manejo de las armas, especialmente en el de la espada: su reputación era la de ser el más fuerte tirador de Francia, cuyas salas y escuelas había recorrido, dejando en todas la memoria de no haber encontrado rival que le venciera ó le desarmara. Solo J. B. Robert llamado el fuerte, el maestro más acreditado y popular de París, y Grisier que empezaba á fundar su escuela, le probaron que tenía en ellos dos superiores, y con alguno de sus discípulos podría muy bien tropezar algún día.

Robert le declaró *número uno*, modelo de tiradores: pero Grisier, que le exasperó á

propósito para estudiarle á fondo, le calificó de espadachín de lealtad dudosa.

De sus aventuras es difícil la narración, porque siempre habían ido ó envueltas en el misterio ó seguidas del escándalo; y el de las primeras nadie se había atrevido á hablar alto por temor á una de las segundas; pero unas y otras habían pasado en diez ó doce años unas entre las silenciosas lágrimas de las víctimas supervivientes á sus atropellos, y éstas eran todas mujeres, ó en causas sobreseídas en los tribunales por falta de pruebas ó sobra de influencia, apoyadas tal vez en algunos sacos de luisas; porque La-Bourdonnais era rico, y había sido admirado antes de llegar á ser aborrecido.

Y aquí será bueno, y tengo para mí que es lógico y necesario dar, para saber con quien tratamos, algunos antecedentes suyos y de su familia, que nos es preciso tener presentes, antes de la narración de la última, aventura, que liga su leyenda con el español Castejón y la mejicana Anita, en 1836 en que comienza esta narración.

Su raza pertenecía á la aristocracia bordelésa, y un pueblo del departamento de la Dordoña daba nombre á su familia, que en él tuvo radicado su señorío.

Su abuelo y su padre vivieron en París y en la corte en los últimos años del reinado de Luis XV, y en todo el de Luis XVI.

Su padre tras mil azares, escapó milagrosamente de la revolución del noventa y tres, y vivió y volvió con los emigrados, á la caída de Napoleón. La-Bourdonais padre fué siempre un cortesano astuto y ducho en intrigas, que jamás descuida sus intereses, ni las relaciones de los que valían ó podían valerle; y como su nombre y su emigración le daban a su vuelta entrada en todos los salones y favor con los principales personajes de la restauración, interesando á unos, intrigando con otros y sabiendo poner de su parte y en la balanza de su fortuna y en el platillo del favor á las mujeres, con las cuales le tenía, se dió tal maña y tal prisa, que volvió, no sólo á posesionarse de la mayor parte de sus bienes, sino á hacerse compensar de la pérdida de algunos, con la adjudicación de otros de más valor; ya de extinguidas familias, ya de disueltas corporaciones, ya en fin, moviendo ruidos y pleitos, ú obligando á venderle á bajo precio los suyos á los vencidos partidarios del primer Emperador.

La-Bourdonais padre se reinstaló en su cas-

tillo; y muerta de una afección hepática contraída con los sustos y los pesares madama La-Bourdonais, que permaneció en Francia durante su emigración, se dió á la vida de señor feudal, en cuanto se lo permitían las nuevas costumbres que en Francia habían desarraigadolos antiguas con la tempestad revolucionaria que sobre ella había pasado.

Quedó, pues, La-Bourdonais hijo, en poder de su padre; quien pensando arreglar primero sus bienes, y volver después con sus cuantiosas rentas á presentarse en la corte, acostumbró á Armando á cazar á caballo por sus cotos y los de su vecinos, á tratar con desden á sus iguales y con insolencia á sus inferiores á creerse fuera de la ley, por su nobleza y por su caudal; é hizo de él, en suma, un retoño de aquellos calaveras del tiempo del regente, cuya tradición alcanzó por su padre, que era fantástico admirador del despilfarrado calaverismo y la desmoralizadora memoria de los duques de Orleans y de Richelieu.

En una de sus cacerías, al saltar, por no pararse á abrirla, una barrera de un coto, tomó corto su impulso el fatigado caballo de La-Bourdonais padre, y tropezando en la barra con los pies traseros, dió de cabeza con

su jinete, flaqueándole las manos y echando sobre él de costado la despaldillada bestia todo el peso de su desequilibrado cuerpo. Acaeció esto en Diciembre de mil ochocientos veintiuno.

Armando sólo, libre, y á los diecinueve años, único heredero de saneado caudal, del que su padre nombraba en testamento por administrador y por tutor de Armando á un viejo escribano, que había siempre entendido en los negocios de la casa, se vió tan mimado por éste como por su difunto padre; y fué á establecerse en Burdeos, donde cursaba en un colegio como externo por el día mientras pasaba la noche en la sala de armas, única afición que parecía dominarle.

El escribano le declaró que tenía ochenta mil francos de renta, pero que no le permitiría gastar más de treinta mil, porque quería ahorrarle cincuenta mil por año, para que pudiera casa cuando contrajera matrimonio, Armando no parecía gastador ni inclinado á encanallarse. Su carácter altanero y poco sufrido le libraba de amigos importunos, y su robustez y su destreza en las armas de explotadores y petardistas. No fué en el colegio estudiante muy aventajado; pero gustaba de

leer historias y dábase cuenta y retenía fácilmente cuanto leía.

Había montado su casa como si siempre pensara vivir sólo: una ama de llaves de cuarenta años, que el notario tutor le había enviado, estaba encargada de la administración y economía doméstica, y un criado de treinta le servía de ayuda de cámara y de caballero, teniendo á su disposición un mozo de cuadra.

No tenía ni lujo ni parsimonia; pero vivía con gran decoro: y en vestirse bien, vivir cómodamente y sostener un sencillo tren, gastaba los quinientos escudos sin necesitar más sin pedir ningún mes su mesada hasta que su tutor se la mandaba.

Cuando la recibía, gastaba lo que del mes anterior le había sobrado en libros y en armas: tan buenas éstas como malos aquéllos. Los mejores eran Crónicas de Burdeos y sus espadachines: y á parte las de historia y la enciclopedia, el resto era de la peor elección y de la más detestable moral;—pero afortunadamente los leía poco,—todas las mañanas pasaba dos horas en una sala de armas; después de la comida del medio día montaba otras dos á caballo; volvía á la sala de armas antes de comer, y después iba á algún teatro.

Todo el mundo le conocía, pero con nadie intimaba; miraba descaradamente á las mujeres, y no era por ellas muy mal mirado; pero no pudiendo suponer que no tenía pasiones, el viejo notario esperaba que se le despertasen, y en nada le iba á mano.

Así siguió dos años hasta los veintiuno: y ambos por el mes de Enero se presentó en su pueblo de Labourdonais á recibir las cuentas de su notario y ver el estado de sus haciendas. El notario las cuidaba como si fueran suyas, Armando no le hizo la más leve observación; pero ni el le mereció las gracias por sus cuidados, ni una sonrisa sus colonos ni servidores: se veía claro que sabía que era el señor, y que indudablemente se haría siempre respetar, acaso temer, pero nunca amar.

El viejo Maese Morin (que era el nombre del tutor), encontró aquel orgullo muy natural; era el legítimo sucesor de los Bourdonais, á cuyo abuelo había servido su padre, á cuyo padre había servido él, y á cuyo último vástago adoraba el viejo, que no había tenido hijos, y que desde la muerte de su segunda mujer tenía consigo una sobrina, hija de una hermana de la primera, cuya sobrina se llamaba Gabriela.



### III

Gabriela era una niña de dieciseis años, blanca como una garza, ligera y esbelta como una corza y rubia como un ángel de Alberto Durero. La serenidad de su mirada, la sencillez de su sonrisa y la candidez de la expresión de su rostro, acusaban su doble virginidad de alma y cuerpo; era una criatura ideal; su vista no excitaba sensación ni apetito, ni pensamiento concupiscente: no se ocurría tocarla sin temor de romperla como si fuese de cristal finísimo.

Era, en fin, una mujer, cuya vista obligaba á alabar á Dios y á creer en la castidad: espíritu puro caído del cielo y vestido de carne para que pudiera vivir en la tierra: la esperanza de su madre, la alegría del viejo

Maese y su heredera, para que no la faltara un marido, con cuyos hijos hiciese la delicia de su vejez y la gloria de su casa, jamás avergonzada por la deshonra, ni contristada por el pesar.

Y en esta criatura puso sus ojos Armando La-Bourdonais; y como su alma era mala, su vista suscitó una mala idea en su cerebro, y una intención infame en su corazón. El peor instinto del hombre malo es el de perder á una mujer buena.

Al fin de aquel año dijo que se quedaba en Labourdonais, y sonrió inocentemente la rubia niña, y se alegró, hasta saltársele las lágrimas al honrado Maese Morin, y abrazó á Armando diciéndole:

—«¡Esol ¡esol hacienda, tu amo te vea»,— y mientras le abrazaba, miraba Armando á Gabriela por cima del hombro del viejo..... como debió de mirar la serpiente á Eva cuando la ofreció la manzana.

Armando trajo á Labourdonais sus dos caballos, sus armas y sus criados; dejando su casa de Burdeos al cuidado de su fiel ama de llaves madama Goyot, que tenía con justicia la completa confianza del buen notario y de su pupilo.

Consigo traje, además, á un personaje, cuyo carácter y posición en la casa de Armando no fué posible deslindar jamás: era un hombre de más de veinticinco años y de menos de treinta; de estatura más que mediana, pero sin rayar en alta; ágil, de correctas formas y desarrollada musculatura, cuello robusto y cabeza de Antinóo.

Su color era moreno pálido, con una ligerísima tinta de cetrino: sus ojos negros, rasgados y de mirada firme; su cabello rizado y negro con vetas de castaño, y su ardor y su apostura de un desembarazo y una gallardía, que recordaban aquellas admirables estatuas griegas de los tiradores de disco. Armando le llamaba Silvano, y él decía que era francés, nacido en Marsella, de padre siciliano y madre Artesiana: los dos mejores tipos de hombre y mujer en Italia y Francia: pero cualesquiera que fuesen su raza y su procedencia, él era un raro ejemplar de clásica y varonil belleza. Su vestir ceñido, su calzar ajustado, su moderación discreta y el aplomo tranquilo de sus modales, no le dejaron nunca parecer ni desagradable, ni importuno.

Armando le había dado por alojamiento

una sala y un gabinete en el piso bajo de su casa-palacio; castillo, como allí se llama á la casa solariega, en aquel cuarto estaban todas las armas á su cuidado, y en el salón inmediato hacia La-Bourdonais con aquel Silvano, á quien los labourdoneses llamaban Silvaín, sus dos horas de ejercicios por la mañana y sus dos por la tarde y noche: con él salía á caballo, con él iba á caza, y á su mesa se sentaba, y de sus vinos bebía; pero se levantaba inmediatamente que un noble visitante era introducido en el comedor, ó un huésped aristócrata aceptaba cubierto en la mesa. Jamás se permitía estar presente en las conferencias de negocios ó en los rendimientos de cuentas, que á tratar y á arreglar venían con el propietario Maese Morin, sus colonos ó arrendatarios; pero jamás tampoco entraba en plática con la servidumbre, ni con los labriegos y lugareños de Labourdonais y sus inmediatos pueblos.

Mirábanle los hombres con recelo, y de reojo y con complacencia las mujeres: no era muy simpático al viejo Maese Morin, pero Silvano le manifestaba constantemente la más cortés deferencia y el respeto más espontáneo.

A veces parecía que gozaba de absoluta paridad con Armando, pero otras podía creerse que esperaba de él las órdenes de un superior. Hablaba correcta y fácilmente el francés, aunque con acento meridional; pero hablaba siempre con Armando italiano é inglés, como si le hubiera traído á su casa para su maestro de lenguas y de armas.

Y á pesar de tantas señas y pormenores, no era fácil determinar quién era y á qué venia á casa de Armando aquél tan bello como ambiguo personaje.



#### IV

Desde su instalación en su solariego castillo desplegó Armando sus humos de señor con la voluntad absoluta y la aristócrata altanería de su padre: recibió las cuentas sin verlas de Maese Morin; pero pidiéndole las llaves de la caja, tomó de ella las cantidades que necesitó, sin más vènia ni requisito que apuntar en el libro la salida, y devolverle con el libro las llaves hasta otra vez.

Tenía ya veintiún años, era el dueño único y absoluto de la herencia de su padre; y, Maese Morin, á quien no había pedido un sueldo más de su pensión durante dos años á quien constaba que de ella había comprado muebles, armas y libros, no se permitió hacer la más leve oposición al aumento de rentas

que sin consulta se adjudicaba, esperando ver en que lo invertía.

Armando anunció á Maese Morín, que le esperaba frecuentemente á comer acompañado de Gabriela, que no era justo que se aburrieran mientras él permaneciera en la población, que así como Maese se había cuidado de sus bienes tantos años en tiempo de su padre y de él desde que éste pasó á mejor vida, quería él á su vez probarle su gratitud ayudándole á hacer la felicidad del único ser que ligaba á Maese con el mundo de los vivos; que Gabriela podía aspirar á un enlace ventajoso, y que debía atenderse á esmerar su educación, y no dejarla hecha una de las vírgenes fátuas del Evangelio.

Con este anuncio le enviaba un traje de seda, cuellos, puños y tocados de blondas; algunos dijes modestos, y un traje y un sombrero para montar el dócil caballo de Tarbes que le habían enviado el día anterior, que el ejercicio la convenía para la salud, y el despejarse y adquirir buenos modales para salir con su marido, cuando se casara, del círculo estrecho de aquel rincón del más rico y más ilustrado departamento de la Francia.

Hizo sus objeciones Maese Morin, pero

Armando le replicó casi en son de mando, que esta era su voluntad, que reuniera las personas que le parecieran dignas de ser recibidas con Gabriela y su madre en su salón, y que era preciso se pasaran las noches un poco entretenidas; porque aunque no pretendía cambiar, ni menos corromper, las buenas costumbres de la comarca, no entendía que en *sus dominios* viviesen las mujeres como monjas ni los hombres como ermitaños.

«Vamos, lo mismo que su padre, pensó resignándose Maese Morin; el que lo hereda no lo hurta. Aquél no se dejó nunca gobernar por nadie, y no se gobernó mal; habrá que dejar á éste que se quite los andadores.»

Y fué al castillo de Armando y llevó á Gabriela y á su madre, y se acostumbió á beber el vino y á reir los chistes de su pupilo, y á conversar con Silvano, que había corrido muchas tierras y le contaba muchas aventuras suyas y de su padre, que había andado por las Américas, y se había batido con los ingleses y con los indios; y jugaba con la madre de Gabriela á la báziga, á las damas y al dominó; y mostrábase, en fin, en el salón y en el comedor de Armando otro hombre muy distinto de lo que con sus servidores y

colonos y con los vulgares lugareños parecía.

Armando comenzó á tomar cierta autoridad de hermano mayor con Gabriela, y la sacaba á dar largos paseos en su cenceño alazán de Tarbes: á cuyos paseos no podía acompañarla el viejo por su edad, ni su madre por sus quehaceres; pero iba segura, y como tal, la dejaban ir sin desconfianza, entre el noble mancebo señor de la tierra y el bizarro Marsellés, que eran al parecer los más seguros jinetes que por aquella comarca habían cabalgado hasta entonces.

Y comenzó Gabriela á perder el miedo á su esbelta cabalgadura, que á pesar de su docilidad mostraba su genio cuando se lo buscaban, y con el miedo perdió su candidez infantil, y la blancura transparente de la piel de sus mejillas comenzó á colorarse con la sangre que el ejercicio hizo circular vigorosamente por bajo su terciopelado tejido; y á las cinco semanas de asistir diariamente á la mesa y tertulia del castellano, era una muchacha tan alegre, inquieta y ocurrente, como había parecido hasta entonces sencilla, corta, callada y hasta encogida.

Maese Morin y su cuñada, la madre viuda

de Gabriela, habían tenido de tiempo atrás la idea de casar á ésta, más adelante, con un Mateo Lasserre, hijo único de un acomodado labrador, que lo enviaba ya hacia algunos años á estudiar á Montpellier.

Consideraba Lasserre padre á Gabriela como novia de su hijo; estaba éste santo y profundamente enamorado de la chica, y ésta, sin comprender aún muy bien lo que este nombre significaba, tenía por prometida de Mateo.

Este, que era un mozo tan serio como estudioso, se había limitado á visitar por las vacaciones una ó dos veces por semana á la madre y á la hija, sin decir aún á ésta ni demostrarla nada que pudiera desflorar la cándida ignorancia de aquella angelical criatura.

Esta se acostumbraba á verle y tratarle como á un hermano, y esperábase cambiar, naturalmente y sin esfuerzo, aquel fraternal cariño en amor legítimo, cuando él estuviera al fin de su carrera y ella hubiera salido de su prolongada niñez.

He dicho antes que era una criatura, á quien á ningún hombre honrado se le ocurría tocar, por temor de empañar ó romper la pura

y delicada materia de que por Dios parecía amasada.

Pero en estas flores tan delicadas y aromosas son en las que con más ahinco se adhieren las orugas.

Maese Morin y su cuñada, ó no recelaron de la hidalguía del noble heredero de los La-Bourdonais, ó abrigaron una loca esperanza, no conociendo aún á éste, que de nadie se había dejado conocer todavía. Negligencia ó vanidad, que no tardó en recibir su aflictivo desengaño.

Armando La-Bourdonais era como aquellas hermosas frutas que la Biblia pone á los alrededores del mar muerto, que dentro de una fresca y vistosa corteza no encierran más que el cieno de Gomorra; Armando La-Bourdonais llevaba en su corazón el germen del vicio con la incredulidad del ateo y el egoismo cruel é implacable del incrédulo. El ejemplo del libertinaje cortesano de su padre, los cuentos despudorados de su abuelo, adorador de Orleans y Richelieu, y la mala elección de los libros que había adquirido, triturado todo ello, amasado y fermentado en su espíritu por su satánica soberbia, para sostener la cual, ponía su empeño en

ser el primer tirador de Burdeos, hacían de él un áspid dormido en el cáliz de una azucena, á cuyo tallo alargaba la mano una doncella que por él iba á ser mortalmente mordida.

Estos hombres, que deben á Satanás un perverso instinto y una diabólica ciencia instintiva, nacen para perdición de las más santas mujeres, y saben con maravillosa facilidad encontrar el camino y abrir la puerta de su corazón tan silenciosa y taimadamente, que no se aperciben ellas de su intento de perderlas, sino cuando ya están perdidas.

La enumeración y detalle de los nudos finisimos y de los hilos casi imperceptibles de la red en que estos seductores saben envolver á la seducida; la serie habilísimamente graduada de ideas santas é infames, poéticas y materiales, castas y despuodoradas con que saben deshojar el capullo de un alma virgen para corromper el cuerpo que la encierra, no cabe en el género de literatura que yo cultivo; y no ha de ser mi pluma la que ha de escribir un tratado de libertinaje y un arte de corrupción.

Otra escuela viene tras de la mía, que so pretexto de copiar la naturaleza y describir

la realidad, desnuda á la mujer y al hombre para enviar á su olfato los carnales efluvios del macho y la hembra; convirtiendo el amor semidivino de las criaturas racionales en el apetito brutal de las bestias en brama; y si alguno de sus discípulos escribe este capítulo tratado de libertinaje y arte de corrupción que yo rehusó escribir, que piense primero que así no se seduce á la honestidad que sucumbe, sino á la prostitución que se vende: así se revuelca uno en el cieno de la laguna, como el hipopótamo no se refresca nadando, como el cisne en su cristalina superficie.

Y he aquí, á mi juicio, por más que no sea de este lugar, la diferencia de ambas escuelas, la del realismo y la de la idealidad. Quitadnos á los españoles el quijotismo de la hidalguía y el idealismo del amor, y es lo mismo que si nos quitarais el pundonor y la vergüenza.

¿En qué quedaremos?

---



## V

A principios de un mes de Abril abandonó Armando de La-Bourdonais sus posesiones, y se volvió á Burdeos con sus caballos y armas, acompañado de Silvano, y dejando su alazán á Gabriela que, pálida y con los ojos arrasados en lágrimas, le contemplaba alejarse desde el umbral de la verja del parque como una estatua del desconsuelo.

A nadie parecía extraño que un mancebo noble, heredero de tan pingüe renta, hubiese venido á visitar su hacienda y se volviese á vivir en la capital de su departamento; ni hábale extrañado á Maese que hubiera dispuesto de la mitad del ahorro hecho por él en las rentas de los dos años, haciéndole situar cincuenta mil francos sobre París.

Su familia había pertenecido á la corte de los últimos reyes de Francia, y era justo que él visitase su capital. ¿Quién sabe qué proyectos tendría formados para el porvenir? La restauración había vuelto á llamar á París á la nobleza diseminada por la revolución, y á París habían ya acudido los individuos de ella, cuyas réntas les permitían vivir en la corte, y los que aspiraban á recuperar las pérdidas ó á adquirir otras nuevas.

Y dejando en Burdeos sus caballos y armas á cargo de Silvano, y su casa á la de la honrada madame Barreau, su ama de llaves, se puso en camino para París; viaje que se hacía entonces en las primitivas diligencias—y en las nuevas sillas de posta,—y que costaba de dos á cuatro días, según el vehículo en que se viajara.

Armando no estuvo en París más que mes y medio; visitó á los amigos que de su padre quedaban; se hizo presentar por ellos en los salones de la nobleza del barrio de San Germán; pasó desdeñosamente revista á las herederas bonitas, y empleó seis horas diarias en las escuelas de armas, viendo y estudiando á todos los profesores y probándose con todos los más fuertes de todas las salas públicas y privadas.

Hizo proposiciones á un Polaco, á quien nadie pudo ni desarmar ni cansar para llevárselo un mes á su casa, y se volvió con él á Burdeos.

Fué lo único que de París trajo.

El Polaco, que se llamaba Bokisky, y que era ambidestro, se midió cuatro veces con Silvano y siempre salió vencido el Marsellés.

Armando se encerraba cuatro horas diarias con el Polaco: á los 17 días, el Polaco recibió de Armando seis botonazos por dos; á los 20, siete por uno, y desde el 26 al 30 no pudo tocar el Polaco á La-Bourdonais; y pagado y molido se volvió á París.

La-Bourdonais había llegado al penúltimo grado de su aspiración: á ser un tirador de primera fuerza; pero quería ser el primero, y comenzaba á sentir que le quemaba el corazón la doble sed de sangre y escándalo.

Los espadachines y los duelistas no han sido todavía bien estudiados: deben de tener algo en sus corazones de la víbora y de la pantera, que se complacen en el olor y en la vista de la sangre.





## VI

Una tarde, al volver á su casa, encontró en su gabinete al viejo Maese Morin que le esperaba.

Estaba ojeroso y descolorido, tenía su corbatín y su chaleco blancos, sucios y arrugados, y engrasados su calzón y su chupa; él, que era la pulcritud andando.

Al ver á su pupilo se echó á llorar y le abrió los brazos; Armando cruzó los suyos y le preguntó con la cabeza erguida:

—¿A qué venís y por qué llorais?

—¿No lo adivinas ó no quieres recordarlo?—dijo sollozando el atribulado anciano.— ¡Cuenta los meses que hace que deshonraste á Gabriela! Todo nos lo ha revelado.

—He ahí la consecuencia de haber puesto

el honor entre las manos de la mujer; replicó La-Bourdonais con la más cínica tranquilidad.

—¡Dios mio! exclamó asombrado el pobre viejo; ¿eso piensas de la deshonra de nuestra familia, con la cual has pagado la amistad de la mía con la tuya durante tres generaciones!

—¿Por qué me habeis entregado á Gabriela?—preguntó el desvergonzado mancebo. —Creeis que no comprendí vuestra intención? ¡Pensais que soy tan necio que voy á proponeros casarme con la que me habeis puesto por cebo para cazarme en la trampa del matrimonio?

—¡Qué estás diciendo, desventurado!—balbuceó el viejo notario.

—¿No estaba prometida á un Lasserre? Pues que se case con el.

—¡Ahora! ¿Quién crees tú que es Mateo Lasserre?

—Lo que creo es que sois unos imbéciles; ¿por qué no la aconsejáis que hiciera con él lo que conmigo, y nunca hubiérais dado un golpe en vago?

A estas infames palabras de La-Bourdonais abrió el pobre notario desmesuradamente los ojos; dibujóse en sus labios una sonrisa trémula de epiléptico, y extendiendo los brazos

para buscar un apoyo, cayó en tierra sin conocimiento.

—Madame Barreau, ¡Silvano!—gritó Armando;—y apareciendo á su voz Silvano y madame Barreau por las dos opuestas puertas del aposento, se abalanzaron á levantar al desmayado monsieur Morin.

—Hace mal ya este viejo en salir de su casa;—dijo el descorazonado mancebo,—llevadle á la cama, que le cuide Silvano; y usted sír-vame la comida, que he de salir en comiendo, madame Barreau.

A la mañana siguiente se volvió el infeliz notario á La-Bourdonais, sin intentar siquiera volver á ver á su pupilo, y espantado de lo que le revelaba lo por él dicho la tarde anterior.

Armando continuó impasible su vida normal.





## VII

El sábado de la siguiente semana, estando vistiéndose para salir, anunció á La-Bourdonais su ayuda de cámara, que una mujer que no quería ni dar su nombre ni levantar su velo del rostro, estaba empeñada en verle.

—Echala á la calle—le dijo su amo:—ya sabes que no recibo mujeres en casa.

—Así lo he hecho—repuso el criado;—pero como se ha sentado en el umbral, resuelta, á lo que parece, á esperar que su señoría salga ó entre, me ha parecido de mi deber advertirlo á su señoría antes que salga.

Frunció el ceño La-Bourdonais, y tras un momento de reflexión, le dijo:

—Pues hazla entrar en la sala baja—y añadió hablando consigo mismo: en mitad del

día... no me conviene una escena en la calle.

No era posible que á La-Bourdonais no le ocurriese quién podía ser.

Concluyóse de vestir tranquilamente y bajó al salón, donde la desconocida le esperaba de pie, en el hueco de una ventana y con el rostro aún cubierto. Armando cerró la puerta, y la dijo descortesmente:

—¿Qué me queréis? Descubríos.

Tiró atrás su velo la encubierta, y arrojándose á los pies de Armando y abrazando sus rodillas, le dijo con un acento que partía el corazón.

—¡Por la madre que te llevó en sus entrañas, por el Dios que nos ha de juzgar... no me abandones!

Era Gabriela.

Armando, cerrados los puños, la contempló á sus pies, en una actitud y con un gesto, que no puede describir la pluma, pero en los que se revelaba una alma de réprobo, y al fin la dijo desdeñosamente:

—¿Y qué quieres que haga yo contigo?

—Lo que quieras—respondió el ángel caído;—comprendo que no me amas: pero no abandones á tu hijo.

—¿Mi hijo?—masculló ásperamente el des-

naturalizado La-Bourdonais;—y siguió diciéndole ella:

—He huido de mi casa; he robado á mi tío para poder venir; no tengo más que á tí en el mundo: escóndeme, auxiliame; ¡no me desampares! no te pido más.

—¡Yal—La contestó La-Bourdonais,—veo que te han enseñado y has aprendido muy bien la lección, escóndeme, auxiliame... es decir, pónme casa... ayúdame á dar á luz... que al fin, tarde ó temprano, con esta prueba pasaré por tu querida; ya te obligaremos á aceptarme por mujer, aunque sea *in articulo mortis*. A través de trama tan burda, veo perfectamente la red tendida por el escribano para atraparme.

Gabriela le oía atónita, arrodillada é inmóvil todavía á sus pies.

—Pero, ¿y nuestro hijo?—exclamó sollozando.

—¿Nuestro?—la replicó aquel Lucifer—¡nuestro! ¿Y Mateo Lasserre?

Enderezóse Gabriela como una culebra atacada por un gavilucho, comprendiendo en toda su extensión la diabólica infamia de la conducta de su seductor: con esa indefinible y luminosa intuición de la mujer que ama, vió el abismo atestado de infame vileza que se



encerraba en el alma de aquel hombre: y convencida de que ni de él ni del mundo tenía ya nada que esperar, le dijo con el justo desprecio en que su dignidad convirtió su amor en un instante.

—Te comprendo, mónstruo, y no quiero cruzar contigo una palabra más. No eres tú quien me has deshonrado: soy yo quien se ha prostituido; pero también quien se ha sentenciado. Escucha: no soy mujer para apechar con la deshonra y vivir con ella; entre tú y yo no acepto más juez que Dios; voy á esperarte á la entrada de su eternidad, para llevar tu alma ante su tribunal ¡Abre!

—¡Comedia!— la dijo La-Bourdonais;— y con sonrisa infernal abrió la puerta y la franqueó paso.

Salió Gabriela sin mirarle ni proferir más palabra; y volviendo á echarse el velo sobre el rostro, desapareció calle abajo.

Pidió La-Bourdonais su sombrero, su bastón y sus guantes, y saliendo casi tras ella de su casa, echó calle arriba tarareando una canción á la moda con la más repugnante indiferencia.





## VIII

¿Temió por ella? ¿Volvió á pensar en ella siquiera?

Es imposible que el temor ó el remordimiento no evocasen en su memoria la duda de lo que de ella pudiera ser: pero si esta duda, si la imagen de aquel ángel por él hundido en el cieno, y tal vez en la eternidad, se presentaron á su reflexión, nadie pudo saberlo, porque á nadie dijo ni preguntó una palabra de Gabriela.

El continuó en su vida uniforme: al gimnasio, á ejercitarse en la lucha; á la sala de armas, á no dejarse dormir la mano ni engrasarse el brazo; una hora á caballo para acostumbrar á los pulmones á dilatarse con regularidad en movimientos violentos é irregulares;

una ablución antes de almorzar y otra antes de comer, para conservar á la piel su libre traspiración y neutralizar los cambios de temperatura al aligerarse de ropa en tan rudos ejercicios; las noches, algunas al teatro, y otras nadie sabía dónde; pocas le acompañaba Silvano: ninguna volvía después de la media noche; jamás de noche ni de día salía sin un rico bastón de estoque, que por una ingeniosa combinación se transformaba al desenvainarle en una excelente espada de combate con guarda mano.

Su casa marchaba con un orden y una disciplina invariables, y su salud y su robustez, su esmero en el vestir y desembarazo al andar, hacían de él uno de los más bellos y elegantes *petits maitres* de Burdeos, que tuvo siempre hemos de ser la segunda capital de Francia.

Desde su vuelta de París, tenía un fondo y un crédito en la tesorería de la administración departamental; él giraba, los cobradores de la administración cobraban de su tutor; el fondo depositado garantizaba sus giros, y él por sí mismo cobraba y pagaba sus créditos y sus cuentas.

Grave hasta frisar en altanero; frecuentaba poco la sociedad, pero no estaba fuera de

ella: frío con las señoras, seco con los hombres, terciaba en las mesas de juego con la gente de más categoría y de más dinero, pero jamás se excedía; conocía todos los juegos, y casi siempre una suerte constante le acompañaba, porque jugaba con lealtad, pero con atención.

Aquellos dos años de vida regular, su nombre y la renta, de la cual se sabía que era heredero, le habían abierto todos los salones y procurado conocimientos y relaciones entre las mejores familias y con los personajes más influyentes: en ninguna sociedad era espontáneamente simpático para los hombres; en todas era objeto de curiosidad y bien acogido de las mujeres; pero para unos y otras impenetrable, y sin tacha exterior que en contra suya hubiera aún marcado la maledicencia, en todas partes era bien recibido, y en todas requerido de las mujeres y respetado de los hombres.

Cálculo y táctica, ó instinto de saber vivir, su manera de ser y su modo de obrar le habían colocado en una buena posición social; y en un caso dudoso, en un compromiso difícil, estaba seguro de que el peso de la opinión se inclinaría de su lado.

Pero á La-Bourdonais no podía conocerle

y juzgarle la sociedad hasta que entrado en su mayor edad y dueño de sí mismo, por sí mismo no se manifestase; era un cachorro de tigre que se recogía ante su primera presa para saltar con seguridad sobre ella: un aguilucho que probaba la resistencia de sus alas y la fuerza de su pico, antes de lanzarse al viento y á la rapiña; era, en suma, un alma perversa que, diestra y pacientemente, se preparaba la impunidad.

Una tarde le dijo su ayuda de cámara que un joven desconocido se había presentado insistiendo en verle, pero rehusando dar su nombre; y como en este punto su consigna era no recibir sin saber á quién, le había negado resueltamente la entrada.

—Has hecho bien: no tengo ni acreedores, ni intrigas, ni misterios, y no quiero perder el tiempo con misteriosos importunos.

—De modo que si vuelve...

—Haz lo mismo que has hecho: la consigna es absoluta: no recibo en mi casa á quien tome mi nombre sin dar el suyo.

Dos horas después, en la primera de una noche de plenilunio, al cruzar el centro de la plaza de la Comedia para entrar en el teatro,

le atajó el paso un hombre joven llamándole por su nombre.

Detúvose y contemplóle un instante La-Bourdonais, pero aunque se le figuró que no le era aquel mozo totalmente desconocido, no dió en quién fuese, ni acertó á recordar dónde pudiera haberle visto.

—¿Qué queréis?—le dijo al fin,—viendo que el que le había detenido le contemplaba en silencio á la luz de la luna, que daba de lleno en la faz de La-Bourdonais mientras la suya quedaba en la sombra.

—¿Estáis seguro—respondió el joven—de que sois Armando La-Bourdonais?

—Yo soy. Decid pronto lo que queréis,—replicó éste.

—Quiero sólo deciros que sois un infame, un asesino y un parricida—le dijo en voz baja, pero muy clara el desconocido;—y á un brusco movimiento de desconfianza de La-Bourdonais, poniéndole suavemente la mano en el brazo, siguió diciéndole:

—No os mováis; no llaméis la atención, que nos vamos á entender en cuatro palabras y en dos minutos. Escuchad.

—Escucho—dijo ya en calma La-Bourdonais:—y continuó diciendo su atajador.

—Desde que volvió de Burdeos, está con fiebre, si no ha espirado ya, el honrado notario monsieur Morin; desde hace diez días vive loca y encerrada la madre de Gabriela, cuyo cadáver hace diecisiete que arrojó el Garona, y á quien hemos enterrado mi padre y yo.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?— interrumpió desdeñosamente La-Bourdonais.

—Nada que pueda ya probarse, después de la muerte corporal ó civil de las tres únicas personas que para acusaros tenían derecho pero yo vengo por todos á proponeros esta disyuntiva: ó que abráis vuestra casa á mis dos padrinos para un duelo á muerte mañana por la mañana, ó que quedéis expuesto á que yo os mate por la tarde como á un perro donde quiera que os halle: yo soy Mateo Lasserre.

Una sonrisa, casi imperceptible, desapareció al dibujarse en los labios de La-Bourdonais, que respondió con altiva serenidad:

—Con que hubieras empezado por decirme vuestro nombre, hubiérais podido ahorrar el resto. Si no queréis molestar á vuestros padrinos, yo os enviaré los míos; decidme dónde; y no aprovecho vuestra villana idea de mataros aquí como á un perro, por-

que tengo la hidalga mía de mataros mañana como á un hombre en el sitio en que elijáis.

—Pues hasta mañana—dijo Lasserre, tirando hacia la Intendencia.

—Hasta mañana—respondió La-Bourdonais, metiéndose en el teatro.



## IX

Silvano no comía ni dormía jamás en la ciudad en casa de Armando; venía todos los días dos veces á tomar órdenes ó á pedir informes, pero ignoraba madame Barreau y la servidumbre cuáles fuesen aquéllas, ni sobre qué asuntos versaran éstos; alcanzábaseles, sin embargo, al ama de llaves, al ayuda de cámara y al caballerizo que, á consecuencia, y por razón de aquellas órdenes y negocios, venía Silvano á buscar á Armando ó volvía acompañándolo por las noches; y algunas de las en que ni venía por él ni con él tornaba, le esperaba á última hora en la sala baja, hasta que aquél se recogía.

La de su encuentro con Mateo Lasserre fué una de estas: de vuelta del teatro encontró

La-Bourdonais al Marsellés aguardándole en su casa.

Subieron ambos al gabinete de aquél, y cerrando la puerta, entablaron en voz baja la siguiente conversación.

SILVANO. El que ha venido tres veces á buscaros es Mateo Lasserre.

LA-BOURD. Ya lo sé.

SILVANO. Parece que la muchacha ha desaparecido.

LA-BOURD. Ha muerto.

SILVANO. El viene resuelto á mataros.

LA-BOURD. Me lo ha dicho él mismo esta noche—mañana no salga de casa por la mañana para esperar á sus padrinos, y por la tarde nos batiremos. Hay que prevenir á los míos.

SILVANO. ¿Quiénes son?

LA-BOURD. Monsieur Deville y Mr. de Lafourcade.

SILVANO. Todavía estarán en la sala de armas: cenán con el señor profesor Billot, porque Mr. de Lafourcade ha sido padrino de un hijo de éste, que se ha bautizado esta noche.

LA-BOURD. Pues que estén aquí mañana

desde las nueve: invítalos á almorzar de mi parte. Corre ahora para que no tengas que correr tras ellos mañana.

SILVANO. La llevan larga, no hay necesidad de correr: y necesito yo preveniros de algo.

LA-BOURD. ¿De qué?

SILVANO. De que Mateo Lasserre es un tirador con quien hay que tener un poco de cuenta: ha ido esta noche á desentumecerse la mano á la sala de Mr. Billot, y parece que los estudiantes de Montpellier tienen de maestro á monsieur Labiche, primer discípulo de Lozés.

LA-BOURD. ¡Hola! ¿Y con quién ha tirado?

SILVANO. Primero con Mr. Billot.

LA-BOURD. ¿Y después?

SILVANO. Con un servidor vuestro. Como le llevó á la sala Mazerolles, y dijo quién era al presentarle, tenía yo la ventaja de conocerle, sin que él supiera quién era yo.

LA-BOURD. ¿Y qué?

SILVANO. Que la mano derecha es buena; pero es un duelo á todo trance y

sin condiciones, en cuanto cambiéis de mano, os le quitáis de delante.

LA-BOURD. ¿Y qué más?

SILVANO. Que tiene un poco de vanidad, y en no haciendo de primeras, el amor propio le calienta y se precipita; con un hombre muy sereno ó muy prevenido, tiene las noventa de quedar en el sitio.

LA-BOURD. Así lo espero. ¿Hay algo más que tener presente?

SILVANO. ¿Es vuestro primer duelo?

LA-BOURD. Sí.

SILVANO. Pues entonces, que la espada no se dobla como el florete; que con éste se toca y con aquélla se hierre; que éste resurte y aquélla penetra; la sensación es distinta, y es bueno estar prevenido contra la primera impresión.

LA-BOURD. Estoy más que prevenido, porque estoy curioso de probarla.

SILVANO. Pues no será falta mía si no satisfacéis mañana vuestra curiosidad; voy á pasarme por casa de Mr. Billot.

LA-BOURD. Que nadie más que los padrinos se

- aperciban de lo que se trata y recomiéndales el más absoluto secreto.
- SILVANO. Perded cuidado: no les diré nada hasta que estemos los tres solos en la calle; y si veo que no se levantan de la mesa completamente serenos, les dejaré que se acuesten sin decirles palabra, y mañana temprano les iré á despertar.
- LA-BOURD. Creo que será lo mejor.
- SILVANO. Pues buenas noches; y olvidad al acostaros que la de hoy tiene sin remedio que traer detrás al día de mañana.
- LA-BOURD. Vé sin cuidado; nunca siento cuando pongo la cabeza en la almohada: caigo dormido.
- SILVANO. Me alegro de que tengáis tan buena costumbre, y sentiría que la interrumpiérais esta noche.
- LA-BOURD. Gracias por tus cuidados.
- SILVANO. Mi deber es preveniros de todo: no hago más que cumplir con mi deber.

Partió el hijo del siciliano y la francesa, y se acostó La-Bourdonais; y no hay ya para qué cansarse en explicar cuáles eran en su casa el deber y las obligaciones de Silvano.



## X

Los Sres. Deville y Lafourcade eran tenidos por dos caballeros, de quienes nada malo se había dicho nunca en Burdeos, donde tenían su residencia desde la caída de Napoleón y el restablecimiento de la Monarquía.

Ambos pertenecían á familias nobles que á través de la tormenta revolucionaria habían salvado varios de sus individuos, tras de perder á muchos; á unos en los combates, á otros en las persecuciones, y algunos en la guillotina.

Deville era normando; y un su tío que, listo como normando, había sabido brujulear entre los escollos y la marejada de aquellos quince años de tempestad, amparando á unos y amparándose de otros, simulando ventas y

sustituyendo nombres, ausentándose y volviendo, escondiéndose y tornando á sacar la cabeza, y había logrado conservarla sobre sus hombros, recobrando después las propiedades puestas ya á nombre y en manos de republicanos, ya bajo la protección de conocidos Bonapartistas; sabiendo, en suma, sacar partido de las personas con quienes topaba, y de los acontecimientos conforme venían.

Hallándose por fin el tal tío único y último de su familia con su sobrino Deville, y no aviniéndose sus caracteres, por más que sinceramente se estimaran el uno al otro, se estableció el sobrino en Burdeos, quedóse el tío en Normandía administrando los bienes, y como no se veían y el tío enviaba con la más religiosa puntualidad al sobrino sus cuentas y sus mesadas, no podían ya ni disputar ni pleitear, que es el flaco del carácter de los normandos en general.

Monsieur Deville y Mr. de Lafourcade habían trabado amistad íntima: vivían juntos, solterones ambos y ambos holgazanes, atufados aún con el humillo de su hidalguía, se pasaban la vida sin grandes vicios y con pocas virtudes; las mañanas en la escuela de esgrima de Mr. Billot, las tardes en el café de la Regencia viendo jugar al ajedrez, y arriesgan-

do pequeñas puestas con los grandes jugadores, no sabiendo, ni queriendo, ni teniendo cosa mejor que hacer.

Monsieur de Lafourcade tenía haciendas en el Medoc que administraban dos hermanas solteras mayores que él, en quienes el amor al dinero había sofocado todos los instintos y pasiones femeninas, y á quienes apodaban las hormigas, porque recogiendo y prestando, habían amasado un caudal en especies, al que hacían producir con mucha maña y no menos sigilo crecidísimos intereses.

Con estos dos caballeros, de los cuales quedan ya pocos ejemplares en Francia, donde ya todo el mundo trabaja, trabó relación y tenía trato á diario en la escuela de Mr. Billot, á la cual los tres asistían, Mr. de La-Bourdonnais; y habiéndose ellos ofrecido un día, cumplimentándole por su destreza, por padrinos de su primer duelo, La-Bourdonnais les cogió la palabra, por ser personas á quienes conocía que llevaría por donde quisiera, y que no pedirían más de lo que á él pluguiera darles.

Vinieron ambos á almorzar con él al día siguiente; y al saber para qué contaba con ellos, y estando ambos muy bien impuestos en los más leves artículos de lo que se llama el có-

digo del honor, quisieron saber las más ocultas razones del duelo que iban á apadrinar.

Armando les dijo que mediaba entre él y Mateo Lasserre la honra de una mujer y el secreto de una familia: que la provocación venía de parte de Lasserre, quien había puesto en ella las palabras, «infame, asesino y parricida», y que no había más remedio que matar ó morir.

En consecuencia, sus padrinos debían convenir con los de su provocador tan solo en un duelo á muerte, á todo riesgo, sin restricción alguna, y hasta quedar uno de los dos en el terreno.

—¿Y si prefiere dar explicaciones?—le preguntó Deville.

—Todo lo que se hable será atentar al secreto de la familia y á la honra de la mujer, por los cuales es forzosa la muerte de uno de ambos—respondió La-Bourdonais;—toda explicación, toda retractación son imposibles; la provocación de Lasserre ha sido esta: «ú os batís, ú os mato como á un perro donde os halle»; eso es, pues, lo que tenéis que decir á sus padrinos.

Y esto fué lo que les dijeron Lafourcade y Deville, convencidos del derecho de su apadrinado; y eso fué lo que ellos aceptaron, fiados en la razón y en el brazo suyo.

No era entonces Burdeos lo que es hoy. El casco central de la ciudad era ya el conjunto de soberbios edificios de piedra de la segunda capital de Francia; pero tenía por el Sur un barrio viejo y mal afamado, tras de cuyos oscuros caserones había muchos huertos, solares y terrenos valdíos cercados por tapias y palizadas, que formaban largos y desiertos callejones, y tortuosas y mal frecuentadas callejas, cortadas y obstruidas á veces por zanjas, escombros y acequias de riego.

Una de la más largas, tendidas de Norte á Sur, en la cual ya no daban los rayos del sol que descendía, y donde era el primero que se verificaba, fué la elegida para aquel lance sangriento, que se ha dado en llamar de honor.

Eran las cinco de la tarde. Detuviéronse padrinos y apadrinados en un lugar, donde un trecho llano, sólido y sin empedrar ofrecía terreno á propósito; y sacando los padrinos de debajo de los redingotes y carriques que se usaban por entonces, cuatro espadas de iguales dimensiones, despojáronse de los suyos y hasta de sus chalecos ambos adversarios, y colocados por sus padrinos uno frente á otro, recibió cada cual de los suyos la espada medida, examinada y tanteada, cuya punta iba á abrir á uno de ellos, ó aca-

so á ambos, las puertas de la eternidad y el juicio inexorable de Dios.

Puestos á distancia, remangadas hasta el hombro las camisas, y descubiertos los pechos que á la muerte tan ferozmente ofrecían, esperaron la orden de acometerse.

Lasserre era un mancebo rubio que iba á cumplir los veinticinco años, alto y enjuto, pero musculoso y desarrollado, ancho de pecho y de cabeza grande, ojo limpio y fisonomía franca é inteligencia clara; sus brazos y sus piernas revelaban un gran vigor, gravitaba correctamente sobre sí mismo, y estaba pálido conteniendo la ira y la impaciencia que le devoraban.

La-Bourdonais, altivo y casi insolente, apretaba un poco los labios y entoldaba el entrecejo con la mirada fija en la de Lasserre, á quien se conocía que irritaba el fluido magnético de aquella mirada provocativa.

—Una, dos, ¡en guardia!—dijo Deville, que llevaba la voz como padrino del provocador— y se cruzaron los hierros.

Lasserre atacó con rapidez y energía, y paró con serenidad La-Bourdonais. Aquél fiaba sin duda, en su fuerza y en su destreza, y éste acechaba con calma un descuido ó un impe-

tu de ira que le descubriese; pero atacó á su vez Armando y paró Lasserre, con la misma agilidad y sin resultado: cargaron y pasaron simultáneamente, y se cerraron corriéndose á las guarniciones, hasta quedarse pecho con pecho, devorándose con la vista, divididos por la cruz de las dos espadas, puntas al aire.

Las manos de los cuatro padrinos cayeron á un tiempo sobre sus manos, les volvieron de espaldas y les separaron.

Cuatro minutos de tan violento esfuerzo les había fatigado á los dos, y jadeaban ambos sin poder apenas respirar.

La-Bourdonais dijo de repente:

—Tengo que hacer una reclamación.

—¿A quién?

—A los cuatro padrinos.

—Decid.

—El duelo es á muerte y á todo trance: los padrinos no tienen derecho á intervenir ni á separar á los combatientes, sino en caso de felonía.

—Ó rendición del uno—dijo uno de los padrinos de Lasserre.

—No—replicó La-Bourdonais:—el rendido ha de morir como un perro: es la disyuntiva de la provocación propuesta y aceptada.

—Como la muerte del rendido no sería más que una felonía, los padrinos intervendrán,— repuso el mismo padrino.

—Intervendremos— exclamaron los cuatro.

—Me someto: pero sólo en caso de rendición—repuso La-Bourdonais;—mi condición ha sido á todo riesgo, y por eso me he permitido hablar en vez de descansar y tomar aliento.

Volvieron los padrinos á colocarlos en su lugar.

Al volverse á dar las caras, Lasserre estaba casi trémulo de coraje, y á la primera palidez de su rostro había reemplazado una coloración excesiva; en los labios de La-Bourdonais se dibujaba apenas perceptible su desdeñosa sonrisa; había conseguido su intento, que era exasperar con sus palabras á Lasserre, cuyos carácter, fuerza y escuela tenía ya estudiados, además de haberle cansado, pues su diario ejercicio daba á La-Bourdonais una excepcional resistencia.

—¡Una! ¡dos...! ¡en guardia! ¡adelante!— volvió á decir Deville.

Y volvió Lasserre á atacar impetuosamente: volvió á parar La-Bourdonais con una exactitud de maestro, y respondió desplegando un vigor inesperado. Cejó un paso Lasse-

re; La-Bourdonais amagó romper la línea por su derecha, y al meterse Lasserre, cambió de mano La-Bourdonais con destreza y rapidez inconcebibles, y recibió Lasserre, tras un quite á zurdas, una estocada á fondo por el brazo derecho.

El hierro atravesó el pulmón, desgarró y paralizó el corazón y se hincó en el omoplato izquierdo; al retirar su espada La-Bourdonais, lanzó Lasserre una bocanada de sangre y cayó plegándose sobre sí mismo sofocado por la hemorragia.

El duelo era á todo trance y sin restricción: no había nada que decir.

La-Bourdonais tendía á su adversario en su primer desafío sobre el cadáver de una mujer deshonrada, á quien debía el amor de un ángel; sobre el de un honrado viejo á quien debía un amor de padre y la conservación de su hacienda, y dejaba llorando sobre aquellos tres cadáveres á una madre en las tinieblas de la locura y á un padre en el abismo de la desesperación.

Del parricidio sólo Dios en su juicio podía pedirle cuenta.

Tal fué la primera aventura, ocasión del primer desafío del duelista Bordelés, Armando Augusto de La-Bourdonais.

FIN DE «EL TENORIO BORDELÉS»

# OBRAS

DE

## DON JOSE ZORRILLA

que se hallan de venta en esta Casa Editorial,

Tabernillas, 2, Madrid.

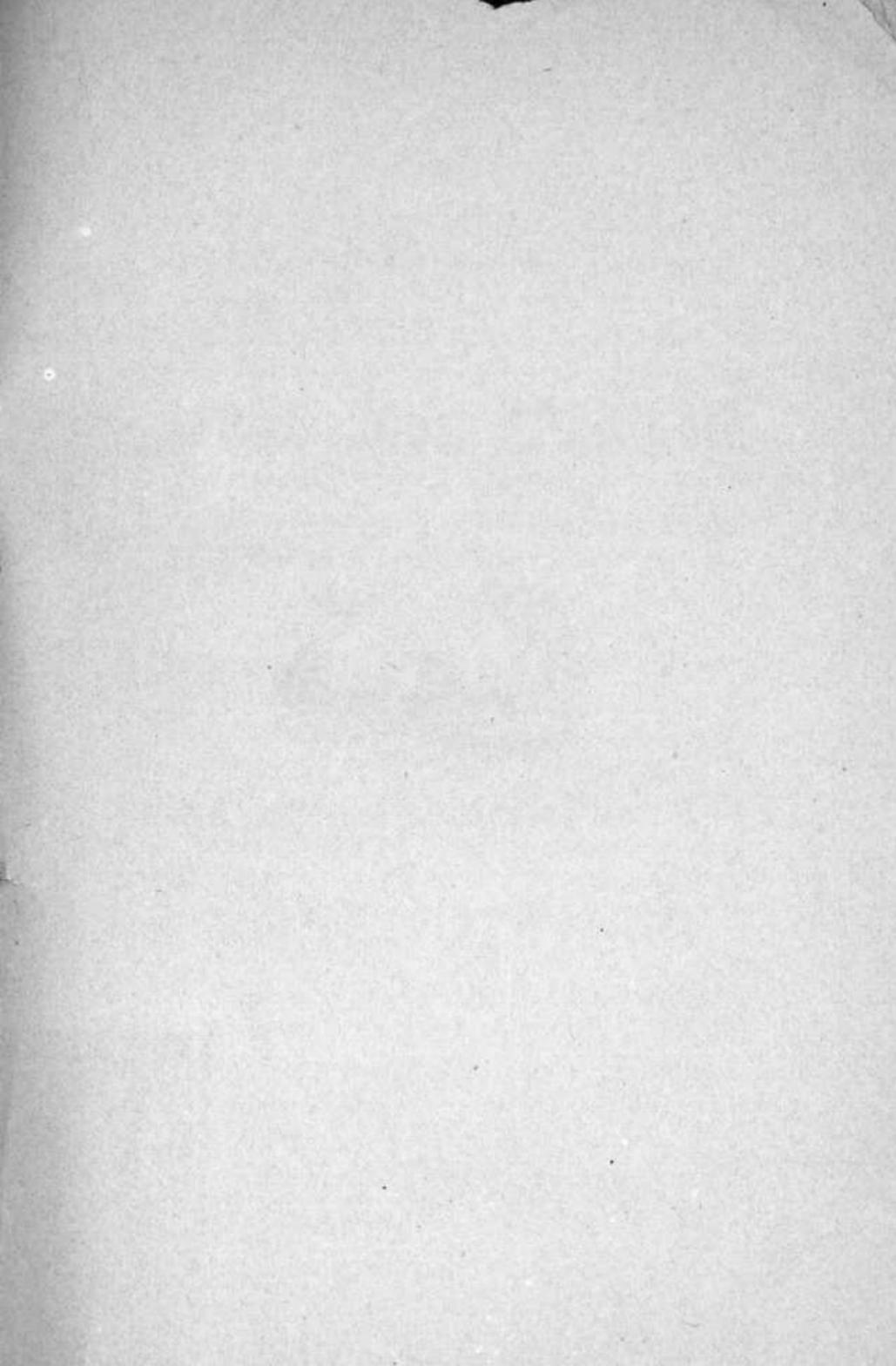
---

*¡Á escape y al vuelo!* carta cuenta. Con el extraño título que encabeza este anuncio, presenta el autor en este libro una lindísima colección de poesías, en las que describe con la verdad y elegancia que él sabía hacerlo, varios puntos de las provincias Vascongadas. Un tomo en 8.º, 1'50 pesetas.

*De Murcia al cielo.* Preciosa colección de poesías del inspirado vate, gloria de las letras españolas. Un tomito en 8.º, 1'50 pesetas.









THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
PRESS